



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



VI – Muerte en el hamam

23 – Muerte en el hamam

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

23 – Muerte en el hamam

De cómo El-Mu'izz Aïbak vuelve a Egipto, tras su derrota frente a El-'Adel Baïbars, y de cómo el propio Aïbak se busca su muerte...



Mientras nuestro héroe pasaba así sus días feliz y satisfecho, Aïbak y el ejército de Egipto, atravesando estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros, habían llegado a la vista de El Cairo. La noticia de su regreso llegó hasta la reina Shayarat El-Durr; también se enteró de que su real esposo volvía con las manos vacías, después de hacerse romper el espinazo por El-'Adel Baïbars en persona. Alegre como unas castañuelas ante estas noticias, hizo llamar al sheij de las cofradías de los derviches y le dijo:

- Vas a reunir a todos los ascetas mendicantes de El Cairo y os reuniréis en la Puerta de la Victoria para dar una bienvenida triunfal a El-Mu'izz Aïbak, pues acaba de obtener una gran victoria y quiere hacer una entrada solemne.

El buen sheij, que no tenía ninguna malicia, y se imaginaba que obtendría una buena propina por el trabajo, le aseguró a la reina su total obediencia.

Reunida toda su banda de harapientos, se apostó en la Puerta de la Victoria, esperando la llegada del rey. Pero el visir Shâhîn, como de costumbre, estaba con el ojo avizor, y al conocer lo que se tramaba, e inquieto por las consecuencias, despachó por delante a uno de sus hombres, encargándole de decirle al sheij de las cofradías que el rey no pensaba hacer su entrada hasta el día siguiente. De modo que los derviches se dispersaron, y Aïbak, que no estaba al corriente de nada, entró en la ciudad sin tambores ni trompetas, yéndose de inmediato a La Ciudadela, en donde hizo que le llevaran a sus habitaciones privadas, mientras los emires y visires se marchaban cada cual a su casa.

Tras guardar cama durante mucho tiempo, Aïbak acabó finalmente por curarse de sus heridas y contusiones; pero se quedó cojo hasta el fin de sus días. Y sobre todo, la humillación y derrota que había sufrido le agrió definitivamente su carácter: inmerso en la melancolía más profunda, era incapaz de presidir el Consejo y de ocuparse de los asuntos del Estado. Para desquitarse, se iba todos los días de caza, ya que perseguir fieras salvajes por en medio del campo y del desierto, era la única actividad que conseguía sacarle de su postración.

Durante este tiempo, un buen día en el que se dedicaba a su deporte favorito, se encontró con un rebaño de gacelas que desfiló justo delante de él; Aïbak se lanzó en su persecución, acosándolas por entre las dunas, tanto y tan lejos, que perdió de vista a sus compañeros y criados. Pero, después de haber corrido durante seis horas detrás de las

gacelas, acabó por perderlas, y profundamente contrariado por este nuevo fracaso, volvió sobre sus pasos.

Entonces, mientras caminaba tristemente, pasó cerca de un campamento de beduinos; como tenía mucha sed, se acercó a una de las tiendas y pidió agua. Entonces vio salir a una jovencita, cuya belleza era como el resplandor del sol ardiente en un cielo sin nubes, y la dulzura de la luna llena; era la hija del jefe de la tribu.

Bastó con que Aïbak la echara una ojeada para sentir que nacían en él mil tormentos; su corazón se encogió en su pecho, y se dijo que no podría estar sin ella. Aïbak tomó la escudilla que la joven le tendió y calmó su sed; luego, le preguntó por su nombre y por el de su padre.

- Yo me llamo Wadyah, hija del emir Yad'ân, oh Comendador de los creyentes – respondió la muchacha (pues la joven le había reconocido por su caballo y armadura)–. Mi padre es el anciano y jefe de esta tribu.

- ¿Y dónde se encuentra él ahora, mi pequeña? –prosiguió Aïbak.

- Está en la tienda, pero tiene miedo de mostrarse ante ti, oh poderoso rey, porque tiene algunos pecadillos que reprocharse...

- Ve a buscarle y dile que venga y no tema nada, yo le perdono todo lo que haya podido hacer.

- ¡Ven! –gritó la muchacha volviéndose hacia la tienda– ¡El rey quiere hablar contigo!

El hombre salió de su escondite y fue a prosternarse a los pies de Aïbak, deseándole larga vida y victoria sobre sus enemigos; luego, se levantó, y le besó el estribo en señal de sumisión.

- Dime, buen hombre, ¿esta joven, Wadyah, es tu hija?

- Sí, oh Comendador de los creyentes, ¡pueda Dios alejar de ti calamidades e infortunios y concederte felicidad eterna!

- Pues bien, quiero que me la des; a cambio, me comprometo a entregarte la cantidad que tu quieras y haré de ti uno de los grandes jefes beduinos.

- ¿Y quién soy yo para merecer tal honor? –exclamó el viejo–. Ella es tu criada, a igual que yo, soy tu esclavo... además es una vulgar beduina, educada bajo la jayma, ignora todo lo que debe saber una concubina real. En fin, que no sabría vivir en una ciudad. Bueno, ya te he avisado... ahora, tú decides.

- Me gusta tal y como es –cortó Aïbak–. Y para alojarla, le haré construir un palacio en el campo, en donde tendrá sirvientes y criados en abundancia.

De modo que regresó a El Cairo con el viejo beduino, y firmó con él un contrato legal, en unos términos por los que le donaba un palacio a Wadyah, la hija del emir Yad'ân. Hecho esto, ordenó inmediatamente la construcción de dicho palacio, fuera de la ciudad, y, en unos días, fue edificado, amueblado y decorado: ¡nada como el deseo de los reyes para acelerar las cosas! Cuando todo estuvo terminado, llevó allí a la joven

beduina, y ese mismo día se unió a ella, embriagándose con sus encantos y su belleza. Totalmente hechizado por las delicias un poco vulgares de su nueva concubina, no se alejaba de ella, ni de día, ni de noche, y abandonaba los deberes de su cargo y los asuntos del Estado: durante cuatro meses no pisó el Consejo, y ni siquiera acordó audiencias privadas a los dignatarios del reino.

Estos últimos, acabaron por molestarse ante esta situación, y se presentaron todos juntos ante el visir Shâhîn, para exponerle sus quejas:

- ¿Pero has visto la manera en que Aïbak se porta con nosotros? ¿Es así como debe actuar un rey, un jefe de Estado? Tendrá que elegir entre estas dos opciones: ¡o bien vuelve con nosotros a presidir el Consejo y a asumir la dirección de los asuntos como siempre! ¡o bien, abdica de una vez por todas y nosotros escogeremos algún otro para reemplazarle!

Así que Shâhîn se presentó en donde El-Mu'izz Aïbak, haciéndose eco de las protestas emitidas por los grandes del reino:

- Oh poderoso rey –dijo para concluir–, esta situación es inquietante, y me temo que solo conlleve consecuencias deplorables para ti: ya sabes que yo solo deseo tu bien y el del Estado.

De modo que Aïbak, volvió a asistir cada día a las sesiones del Consejo; por la tarde, regresaba junto a su beduina, junto a la que pasaba todos sus momentos de libertad.

Durante este periodo, había dejado de lado totalmente a la reina Shayarat El-Durr; ni una sola vez se presentó ante ella, lo que hizo que la reina concibiera un profundo desprecio y unos enormes celos. Así que la reina envió un mensaje al visir Shâhîn para ponerle al corriente de la situación. El visir cogió al rey en un aparte y le dijo:

- Oh, Comendador de los creyentes, te debes dedicar equitativamente a tus dos esposas, conforme a la Ley de Dios (exaltado sea) y de Su profeta.

- Al parecer, la reina te ha puesto al corriente de ciertas cosas –murmuró entre dientes Aïbak–. Está bien, esta noche iré a verla.

Con lo que Aïbak envió a un eunuco para que avisara a la reina de su visita. Ésta se pasó el día haciendo que la arreglaran y hermosearan, y, por la tarde, Aïbak se presentó en sus aposentos.

- Y bien –comenzó a decirle Shayarat El-Durr–, ¿qué historia es esa de una beduina que te ha sorbido el seso y te ha alejado de mí durante todo este tiempo?

- ¡Por Dios, que si la vieras, tú misma te enamorarías de ella! –exclamó Aïbak con el tacto que le caracterizaba–. Estoy seguro de que no hay en el mundo una mujer más bella y seductora que ella.

- Ah, pues si es por eso, yo sí que estoy segura de ser veinte veces mejor que ella –le replicó la reina muy molesta–. ¿Acaso no soy yo reina, hija y nieta de reyes?

- No digo que no, pero te voy a dar un ejemplo: los restos de la comida del día anterior, ¿son igual de gustosos que el plato cocinado ese mismo día? Al menos, a ella, la obtuve virgen... En fin, da igual, yo ya he vuelto, y es lo que cuenta.

Ante tales comparaciones, la reina sintió que la cólera la devoraba; pero se esforzó en ocultar los sentimientos que la agitaban, aparentando entusiasmo y alegría.

- Oh, poderoso rey –le dijo riéndose–. ¡Estoy segura de que si me vieras en el hamam, reconocerías que yo soy mucho más hermosa que tu beduina!

- Estupendo, ¡pues adelante con el hamam!

Entonces, Aïbak ordenó a los criados que hicieran calentar el baño y entraron los dos en la cámara calda. La reina se despojó de sus vestidos, mostrando un cuerpo más resplandeciente que el diamante más puro.

- Y ahora, dime, oh poderoso rey: ¿Qué te parece? –le preguntó la reina– ¿Soy yo la más bella, o lo es tu beduina? Di la verdad, ¡aunque tengas que reconocer que te habías equivocado!

- ¡Por mi cabeza, tú eres la más hermosa, y con diferencia!... Pero yo no hago más que preguntarme una cosa: ¿Cuántas veces te ha contemplado Baibars así?

Esta nueva grosería aumentó la cólera de la reina, y la confirmó en la decisión que había tomado de asesinar a su esposo, aunque acto seguido ella tuviera que morir.

- Jamás digas algo así sobre Baibars, oh rey –le respondió secamente–. ¡Baibars es mi hijo, y esas palabras son más deshonorosas aún para ti que para él!

Y sentándose a su lado como si nada hubiera sucedido, la reina le vertió agua sobre el rostro, la cabeza y el cuerpo, pasándole la esponja y frotándole por todas partes. Luego, cogió el jabón, le friccionó con vigor la cabeza, llenándole los ojos de espuma.

En ese momento, ella se levantó de un salto y, más veloz que un rayo, agarró una espada bien afilada que había ocultado en la estancia. Mientras tanto, Aïbak, que aún tenía los ojos llenos de jabón, no sospechaba nada, y creía que la reina había ido a buscar un perfume. Pero ella, llegó por detrás de él, y de un golpe certero le cortó la cabeza. El cuerpo decapitado se derrumbó en un mar de sangre: la vida de Aïbak acababa de llegar a su fin.

Al ver aquel terrible espectáculo, los sirvientes, aterrorizados, cerraron las puertas, encerrando a la reina en el interior del hamam, y se pusieron a gritar en el harén de la Ciudadela. Algunos corrieron a avisar al emir Ahmad, el hijo de Aïbak, de que su padre había sido asesinado. Loco de dolor y de rabia, saltó fuera de su lecho, cogió su sable y se fue corriendo a la Ciudadela, entró en el hamam, en donde encontró a la reina medio desnuda, cubierta únicamente con un paño. La espada en alto, avanzó hacia ella para matarla sin proceso alguno; pero ella consiguió escaparse y se refugió en la terraza del edificio, siempre perseguida por el emir Ahmad. Huyendo de terraza en terraza, llegó de ese modo hasta las murallas de la Ciudadela; allí, al ver que su retirada ya era imposible, se arrojó desde lo alto del muro, muriendo en la caída, con la nuca rota.

Acababa de amanecer. El emir Ahmad, estimando que no se había vengado suficientemente, salió de la Ciudadela: quería retirar el cuerpo del foso y exponerlo por toda la ciudad, igual que se hace con los peores criminales. Pero, mientras tanto, la noticia de estos hechos era conocida por los kurdos ayyubíes, primos de la reina, y, con el corazón a punto de explotar de rabia, se armaron y rápidamente fueron a atacar a los leales a Aïbak, a grito de: “¡Vengüemos a la reina Shayarat El-Durr!”. Mientras tanto, los turcomanos, a las órdenes del emir Ahmad, marcharon contra los kurdos diciendo: “¡Vengüemos a El-Mu’izz Aïbak!”

Ya los dos grupos iban a llegar a las manos, cuando el visir Shâhîn apareció en el campo de batalla y se interpuso entre los combatientes.

- ¡La reina Shayarat El-Durr ha matado a El-Mu’izz Aïbak, y luego, se ha quitado la vida! –afirmó–. En consecuencia, todo enfrentamiento entre vosotros es inútil: ¡este tipo de violencias son absolutamente ilegítimas e inaceptables!

Calmados ante estas palabras llenas de sentido común, los kurdos se retiraron y embalsamaron el cuerpo de su desgraciada prima; el emir Ahmad y sus turcomanos hicieron lo mismo con el cadáver de Aïbak, al que dieron sepultura en el cementerio de los sultanes, en el interior de la Ciudadela. Así le pasó Aïbak, igual que pasó el día de ayer, para no volver más a este mundo.

**** * * * * *

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.24 - “El último de los ayyubíes”